

Mensajero del Archivo Histórico

Juan Agustín de Espinoza, SJ

de la



Dirección de Investigación
Torreón, México. 30-V-2002.

Buzón electrónico: sergio.corona@lag.uia.mx

Página web del Archivo: <http://archivo-w3.lag.uia.mx/Archivo/default.html>

Archivo miembro del Portal de Archivos de la UNESCO

Ing. Juan Ricardo Herrera Valenciano, S.J. Rector
Mtro. Carlos Portal Salas. Director Académico
Mtro. Sergio Garza Saldívar. Director de Investigación
Dn. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

ÍNDICE

página

número 45

Torreón: etnia, clase social e historia	2
Libros del Archivo Histórico	8
El Mostrador. Más periodismo de Vargas Llosa	9
Reseñas del Fondo Reservado	15

Fundador y editor de la revista virtual: Dn. Sergio Antonio Corona Páez Alemania Argentina Brasil Canadá Colombia Chile España El Salvador Estados Unidos de Norteamérica Francia Guatemala México Noruega Reino Unido Uruguay Venezuela

Comité editorial del "Mensajero": Lic. Cristina Solórzano Garibay, Lic. Marco Antonio Morán Ramos, Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas, Dn. Sergio Antonio Corona Páez.

Ediciones anteriores en: <http://archivo-w3.lag.uia.mx/Archivo/default.html>

TORREÓN: ETNIA, CLASE SOCIAL E HISTORIA

Sergio Antonio Corona Páez



Vista de la esquina de avenida Hidalgo y Zaragoza. El tranvía pasa frente al Hotel Salvador, actualmente Howard-Johnson.¹

Soy torreonense por nacimiento y convicción; tengo aquí amigos, amigas y parientes —de diversas etnias y clases sociales— a quienes mucho estimo. Por esta razón, y estando la ciudad tan próxima a celebrar su centenario (han transcurrido 95 años de la elevación de Torreón a la categoría de ciudad), me gustaría mencionar algunos fenómenos de carácter social que considero del mayor interés.

¹ Fotografía: Archivo Histórico *Juan Agustín de Espinoza, sj*. Fondo 17 de P. de F.

Como muchos saben, esta ciudad surgió desde el capitalismo porfiriano y desde la diversidad étnica y cultural. Mexicanos, españoles, ingleses, franceses, alemanes, estadounidenses, palestinos y chinos llegaron desde muchos lugares. La gran mayoría venía atraída por la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida material y social. La Comarca Lagunera de principios del siglo XX producía cosechas de algodón que se valuaban en millones de dólares. Era tal la derrama de dinero en la región, que surgieron desde entonces imágenes populares que hiperbolizaban la riqueza de la nueva ciudad: en Torreón se jugaba a los bolos con botellas de champaña, o bien, la llegada de las avenidas del Río Nazas se festejaban derramando sobre él grandes cantidades de la misma bebida. De ahí surgió la fama de “manirroto” de los torreonenses.

Había un cierto dejo de orgullo de ser torreonense, o lo que era lo mismo, progresista. La ciudad era profundamente cosmopolita, porque estaba poblada con una cantidad significativa de personas que habían nacido y crecido en otros países y culturas. De este fenómeno nos da testimonio el espectro gastronómico tan amplio que se ha incorporado a las cocinas de todas las clases sociales de Torreón. Paella, jocoque árabe fresco y seco, hojas de parra, kipe en sus dos modalidades, chop suey, por mencionar algunos.

Estas primeras generaciones sabían que habían comenzado “desde abajo” y no se avergonzaban de sus recién formados capitales, los cuales fueron hechos con visión y, sobre todo, con el trabajo arduo de muchos nacionales.

Sin embargo, Torreón no era el paraíso igualitario que algunos podrían imaginarse. No solamente existían diferencias de clase social, sino también de etnia y de creencias. En la región no gozaba del mismo prestigio —y por decirlo de manera cruda— no valía lo mismo un español que un chino.² Los españoles, emigrados la gran mayoría del norte (santanderinos, asturianos, gallegos, vascos) heredaron siglos de tradición cultural que glorificaba la *limpieza y pureza de sangre*. En la Comarca Lagunera, los españoles gozaban del mayor prestigio, y por lo general, de las mayores fortunas hechas en la región. Miraban con profundo desdén a los palestinos, a los chinos y muchas veces, también, a los mexicanos. Recelaban de los estadounidenses y de los otros europeos. Hubo muchos casos en que las hijas de un español recibían la prohibición de tener amistad con un “árabe”. Sé de un asturiano que hubiera preferido casar a su hija “con el primer indio que pasara” antes que con un “árabe”. No se habían cuidado los asturianos tantos siglos —decía— evitando mezclas con “árabes”, para venir a hacerlo en Torreón.

² El único grupo étnico que fue atacado como tal en la Comarca fue el de los chinos.

Había alemanes prusianos —no muchos— como don Andrés Eppen von Aschenborn,³ cuyas raíces se ubicaban en la Silesia, y algunos otros que descendían de emigrados franceses hugonotes naturalizados alemanes.

A pesar de que podían tener —y de hecho tenían— bienes de fortuna,⁴ los chinos no gozaban de tanto prestigio como los emigrados europeos, y estaban por debajo de los mexicanos en la estima social. No solamente su aspecto era diferente, también lo era su religión. Este punto era especialmente importante para los españoles, grupo étnico y cultural cuya mentalidad prevaleció entre los comarcanos de la primera mitad del siglo XX.

Desde el punto de vista religioso, los protestantes, los judíos, los chinos y los musulmanes no eran bien vistos y muchas familias católicas negaban el saludo o cualquier posibilidad de trato social a estas personas. En el caso de los palestinos, la mayoría era católica y, en menor proporción, ortodoxos griegos.

Los individuos pertenecientes a etnias y culturas minusvaloradas socialmente hacían grandes esfuerzos por mimetizarse en aquel crisol racial y cultural que fue Torreón a principios del siglo XX..

³ Aschenborn, literalmente “nacido de sus cenizas”. Se refiere al ave fénix que llevaba en sus blasones familiares, y esa misma imagen dio nombre a la hacienda del Fénix de su propiedad.

⁴ En Torreón existía un próspero banco chino.

Sin embargo, aunque existiese prejuicio o valoración social negativa contra ciertas minorías, en la práctica los torreonenses⁵ se comportaban como lo hacían los holandeses de Amsterdam o los ingleses del siglo XVIII,⁶ a quienes podemos considerar los pioneros de la tolerancia religiosa. Para ellos, los negocios eran más importantes que la religión, la cual fue relegada al ámbito de lo privado.

Con el paso de dos o tres generaciones, los atavismos españoles dieron paso a una nueva mentalidad, a una nueva forma de valoración social. Puesto que muy pocas personas podían blasonar en términos de distinción de sangre de sus ascendientes —a diferencia de lo que sucede en algunas ciudades coloniales de México— el prestigio social comenzó a basarse en el monto de los capitales que se poseían o que se habían poseído.⁷

Con el surgimiento de esta nueva manera de valoración social, desaparecieron las viejas fronteras raciales y culturales. Los matrimonios unieron apellidos de todas las procedencias, y es muy frecuente observar durante las tradicionales *Romerías de Covadonga* de Torreón a gente de apellido palestino portando el traje típico del Principado, rememorando la decisiva batalla en la que los asturianos vencieron a los moros.

⁵ Es decir, no los que lo eran por nacimiento (prácticamente no existían) sino aquellas personas que se habían establecido en Torreón.

⁶ Voltaire, Cartas sobre Inglaterra.

⁷ En Torreón existe el “club del tuvo”, al que se incorpora a todos aquellos individuos cuyos ascendientes tuvieron grandes (o al menos respetables) fortunas.

En un principio y salvo raras excepciones, ser extranjero en Torreón era sinónimo de ser pobre. El estigma de la pobreza originaria lo padecieron de manera personal los emigrantes. Sus descendientes, nacidos en la opulencia o al menos en mejores condiciones económicas, fueron transformando el sentimiento de vergüenza de sus mayores en un orgullo étnico muy en consonancia con la xenofilia de los mexicanos. De esta manera, llegó a ser “elegante” y de mayor prestigio social el descender de extranjeros. Por esta razón, hubo tiempos en los que se inventaron y celebraron festivales⁸ que recalcaban e inmortalizaban los orígenes extranjeros de cierto sector de la población comarcana.

No deja de llamar la atención el rumbo que algunos sectores de la población torreonense quisieran que tomase la historiografía regional (historiografía entendida como modelo o manera de historiar). A la escritura de una historia académica sin compromisos, obligaciones ni vasallajes se le contrapone la escritura de una historia *legitimante*, una historia que construya socialmente la idea de una *aristocracia originaria* cuya superioridad y “derecho natural” de mando se basaría en el origen extranjero y en la capacidad económica.

Esta manera de historiar, además de ser poco veraz, injusta y clasista, pareciera sostener que los extranjeros y los empresarios torreonenses

⁸ Se trata de los “Festivales de las Etnias”. No recuerdo que la mexicanidad fuese objeto de celebración en

generaron individualmente la riqueza que llegaron a gozar, cuando la verdad es que para la realización del sueño de progreso de un extranjero se necesitaron muchos mexicanos que trabajaran duro. La riqueza nunca surge de la nada. Siempre hay otros (trabajadores, consumidores) que la hacen posible. La riqueza tiene un origen social, no puramente individual. Es importante, pues, incorporar al trabajador anónimo mexicano, rural y urbano, al nivel de protagonista de la historia regional.

Nada sería más triste que comprobar que *la ciudad de los grandes esfuerzos* se va transformando en una achacosa ciudad vieja, pretenciosa, mojigata, cerrada a la alteridad, a la diversidad cultural y al cambio.

LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO
COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx

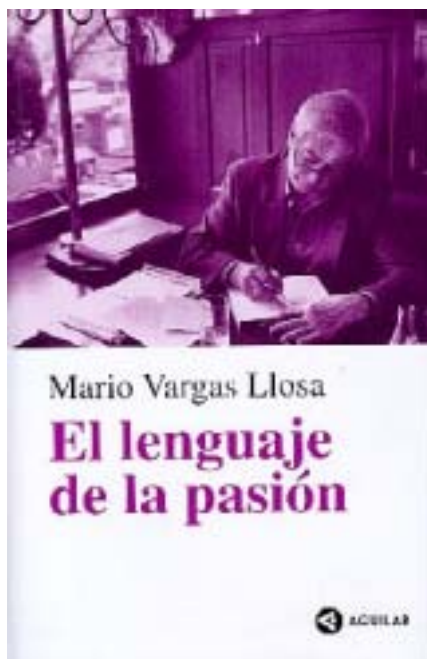
***Una disputa vitivinícola en Parras (1679).** Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

***Censo y estadística de Parras (1825).** Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

***Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

*** Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII.** Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

EL MOSTRADOR



MÁS PERIODISMO DE VARGAS LLOSA

POR
JAIME MUÑOZ VARGAS

La vida periodística de Mario Vargas Llosa (Arequipa, Perú, 1936) ha caminado cerca, codo con codo, de la literaria, su prioridad. Desde 1960, el andino ha hecho crecer ficciones aplaudidas unánimemente por la crítica especializada y por el lector de a pie. Es, con merecimiento y junto a Fuentes y a García Márquez, el autor latinoamericano vivo más exitoso, y desde hace bastante tiempo no es posible pensar en las letras contemporáneas sin pasar

revista a sus novelas, esa geografía literaria donde destacan montañas como *Conversación en La Catedral*, *La guerra del fin del mundo* y *La fiesta del chivo*. Una sola obra de ese calibre, la que sea, serviría para prestigiar de por vida a cualquier otro escritor, pero parece que incurrir en la genialidad se ha convertido en una práctica común de Vargas Llosa, y ya a nadie le asombra.

Entre esos libros hito, pues, el peruano ha incrustado otros de diversa índole, todos ellos periféricos, menores con respecto de los ya mencionados, aunque no desdeñables. Es el caso de los artículos, algunos de ellos verdaderos ensayos, agrupados en los tres volúmenes de *Contra viento y marea*, o de *Desafíos de la libertad*, títulos hermanados con *El lenguaje de la pasión*, la más reciente selección del periodismo escrito por el autor de *La ciudad y los perros*. El racimo en este caso basa su unidad en la columna “Piedra de toque” publicada en el diario *El País*, de Madrid, de 1992 a 2000, y a diferencia de los engarzados en *Desafíos de la libertad*, cuya vértebra es el tema político que sugiere dicho título, los de *El lenguaje...* transitan por varias rutas y gracias a eso lo convierten en un libro radiografía: en cerca de cuarenta apuntes vemos de cuerpo entero al Vargas Llosa de los innumerables intereses, a ese octópodo de las ideas que sin escatimar cuartillas ase decenas de asuntos y los examina con hondura y buena (demasiado buena para figurar en los periódicos) prosa.

El lenguaje... responde a ese género de títulos que desde hace muchos

años, casi desde el surgimiento del periodismo como profesión, los editores arman sin dificultad alguna, y menos en esta época de escritura en Word y de fácil acumulación de documentos virtuales. Estos libros ordenan temática o cronológicamente los artículos que primero se distribuyeron en los kioscos, y convierten al desperdigado y efímero texto periodístico en un objeto menos perecedero. Por supuesto, lo que suele ser exhumado de esta forma es el producto de aquellos *escribidores* cuya capacidad de convocatoria garantiza un número gordo de lectores. Así podemos recordar varios libros de *Gabo* (*Cuando era feliz e indocumentado*, *Textos costños*), de Manuel Buendía (*La ultraderecha en México*), de Elena Poniatowska (*Todo México*) o de José Joaquín Blanco (*Función de medianoche*), por no mencionar los incontables más que han sido organizados a partir del periodismo escrito, entre tantos otros, por Julio Scherer, Carlos Monsiváis, Salvador Novo, José Alvarado, Renato Leduc, Germán Dehesa y decenas más. Incluso intelectuales de calibre subido, como Umberto Eco, han condescendido a este tipo de libros (*Diario mínimo I y II*), acaso menos impulsados por su propia necesidad que por la voracidad de sus editores. El fenómeno, pues, no es nuevo: del periodismo, piénsese por caso en las novelas de folletón, han surgido incuantificables libros, y aunque es cierto que no son obras que transformaron ni transformarán al mundo, en muchos de ellos late la viveza característica del comentario a vuelapluma, el zarpazo veloz y espontáneo de

quienes historian lo inmediato, como lo hace Vargas Llosa en su más reciente pieza bibliográfica.

De Octavio Paz se desprende el título elegido por el peruano para este nuevo panal con artículos de fondo. Parece una buena definición, dada la tendencia al boxeo verbal que define el hacer de Vargas Llosa, escritor que nunca se ha calzado los guantes de la crítica sólo para exhibir un bello esgrima. Más bien, es muy conocida su educada beligerancia, su gusto por el debate, la defensa ardiente de sus viejas y de sus nuevas filias, así como la detestación inclemente, a veces tupidamente encorajinada, de todo aquello que no embona en sus opiniones. Estemos de acuerdo o no con el sudamericano, es incontrovertible su presencia ubicua en occidente como atizador político y cultural, como icono del pensamiento en la cultura de nuestro tiempo.

Un prólogo, una reflexión sobre la columna “Piedra de toque” y 46 artículos componen *El lenguaje...* En todos brilla la expresión feliz, el inteligente, aunque muchas veces cuestionable, enfoque crítico de este autor que, como pocos, ha logrado vaciar su erudición en recipientes de divulgación periodística. De todo parece saber Vargas Llosa, y, como las moscas, esto dicho sin agraviar, tiene la capacidad de ver periscópicamente a cualquier rumbo y a cualquier época, todo ello enunciado con un español que raya en lo perfecto, como si el idioma ya no tuviera secretos para él.

El terreno donde parece más cuestionable, y precisamente donde siempre ha provocado roncha más ardorosa entre politólogos, economistas y sociólogos de todos los pelajes, quienes lo acusan de apresuramiento y ligereza, es en el de la dualidad política-economía. Sin mirar hacia ningún otro rumbo, Vargas Llosa sólo parece encontrar la felicidad del hombre en el mercado y la sociedad abiertos, y de la socialdemocracia para abajo a todo lo considera peligrosa enfermedad. No faltan aquí, eran de esperarse, puyazos al endemoniado Castro —su enemigo favorito, como lo demuestra en “Italia no es Bolivia”— y a todo lo que se mueva por el rumbo de lo *progres*, calificado rudamente en sus proclamas como “perfecta idiotez”. Por cierto, nuestro sub Marcos no se salva de aquella tirria.

Fuera del tema político hay un Vargas Llosa igualmente apasionado, rijoso y a veces fulminante. Lucen una esplendidez inmejorable sus comentarios sobre arte, y de verdad merecen elogio textos como “Caca de elefante”, donde cuestiona sin ambages, por falaces, las supersticiones de la pintura y la escultura modernas. Lo mismo puede elogiarse en sus apuntes biográficos sobre artistas como Veermer, Monet, Frida Kalho, Brecht, Octavio Paz y Vidia S. Naipaul, entre otros.

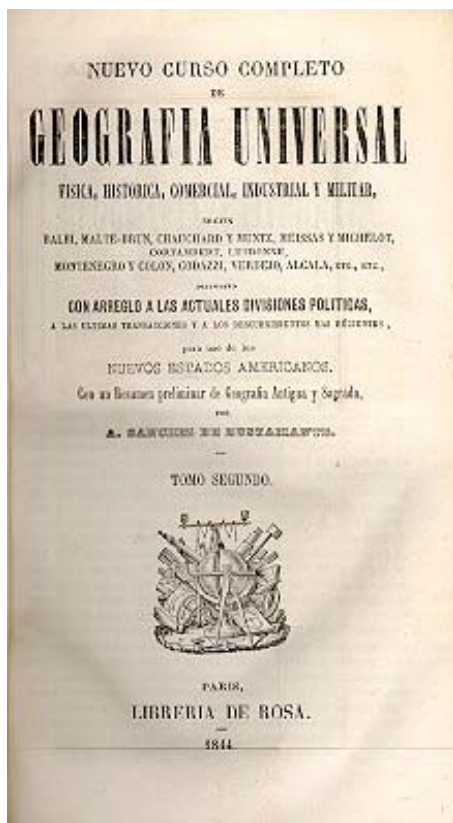
Hay dos textos ineludibles, dignos de antología, por lo implacablemente bien escritos y por lo emotivo de su tratamiento; son “La isla de Mandela” y “Los pies de Fatamauta”. En ambos, la prosa del peruano-

español trasciende las márgenes del periodismo y se instala —con el lujo estilístico que es timbre del mayor novelista latinoamericano de toda la historia— casi en la literatura. Luego de recorrer esos dos artículos el lector mira de manera distinta la figura de, en el caso de Mandela, los luchadores sociales que resisten la brutalidad de los déspotas, y, en el de la negra Fatamauta —cuya azarosa e infortunada vida se ha regido por el hambre y la ignorancia—, de aquellos migrantes que lo arriesgan todo para salir del infierno en el que tuvieron la desgracia de nacer y del cual, legítimamente, tiene derecho a huir; para ellos, como bien acota Vargas Llosa, “morir trágicamente es morir de muerte natural”.

Poliédrico, espinoso, divertido y descaradamente bien escrito, *El lenguaje de la pasión* es un libro que vale la pena despachar. Estemos o no de acuerdo con su autor —probablemente no en muchos casos—, es irregateable su talento como observador de la realidad mundial y su maravillosa capacidad para conciliar, y proseguir con la famosa crisis de los géneros, la fugacidad del periodismo con la permanencia de la literatura, dos formas de escritura que aquí fraternizan al grado de parecer mellizas.

El lenguaje de la pasión, Mario Vargas Llosa, Aguilar, México, 2002, 336 pp.

RESEÑAS DEL FONDO RESERVADO



GEOGRAFÍA UNIVERSAL DEL SIGLO XIX

La geografía era, para muchos, una pasión hasta que los aviones y los medios de comunicación le desvanecieron el aire poético. Antes, todavía a principios del XX, viajar con los dedos sobre un globo terráqueo, guardar en la mente los colores y los nombres de tal o cual fragmento del planeta, representaba un ingente placer. Acaso porque no han aprendido la dimensión de lo cercano y lo remoto, ese gusto sobrevive en los niños, aunque pronto, apenas entran en

la adolescencia y entienden que el Internet les abrevia cualquier distancia, lo extravían.

A los pocos interesados en este conocimiento les agradecería hojear el *Nuevo curso de geografía universal*, cuyo tomo segundo es parte del Fondo Reservado del Archivo Histórico *Juan Agustín de Espinoza, sj*. Se trata de un volumen didáctico a la usanza antigua, decimonónica, es decir, un libro que hoy haría recular hasta a los especialistas. La edición, escrita en castellano, data de 1844, y fue impresa en París. Los autores son franceses (Cortambert, Letronne) y españoles (Montenegro y Colón, Verdejo, Alcalá).

El estado de este volumen es perfecto en sus interiores, e incluso sus mapas desplegados se conservan indemnes, lo mismo que las guardas. Sólo los forros de cartón han sido algo gastados por el tiempo y por el uso, aunque no fatalmente. Este tomo segundo abarca las geografías de América y Oceanía, por lo que suponemos que el primero atendió la de los tres restantes continentes.

El *Nuevo curso de geografía universal* mide 12 por 19 centímetros y tiene 807 páginas repletas de información, como el mapa que aparece entre las páginas 142 y 143: allí el territorio de México es mucho más grande. Faltaban sólo algunos años para que nuestro suelo, fatalmente, se achicara.

(JMV)

